TRASLADOS

Por CONCHI ROMERO CRUZ

Mis primeros años de vida, mis primeros pasos, mis primeros amigos, los conseguí en este precioso pueblo. Mi gran familia se forjó en esos patios. No tengo forma de agradeceros lo feliz que fui. He ido a recordaros ya de mayor, a todos, y os he visitado, incluso al de Cuenca, y sigo sintiendo lo mismo que en los mejores momentos.

Después de vivir tantos años en ese bendito pueblo, mi padre es destinado a otro de Extremadura. Recuerdo el día que me dieron la noticia: olía a alhucema y a tristeza. Tenía la sensación de que mi mundo se derrumbaba. Cada calle, cada esquina, cada piedra del camino, llevaban grabados mis pasos, mis risas, mis primeras amistades. Era imposible imaginar una vida lejos de allí.

Lloré mucho y sin consuelo, porque para mí dejaba atrás el paraíso: los atardeceres dorados sobre los campos de olivos, el murmullo de los niños jugando en la plaza, las mujeres cosiendo o haciendo punto en el patio rojo, con el fondo de los caballos en la cuadra. Allí estaban mis amigos, mis secretos, mis primeros sueños y hasta mi Primera Comunión.

Imagino que también mis padres sufrían por verme así, pero no decían nada ni me acompañaban en el llanto, hasta que me cansé de llorar y vino el silencio. Creo que lloré por cada habitante del pueblo, (y era grande) pero nada resolvían las lágrimas y había que dar un voto de confianza al siguiente destino.

Mi padre esperó paciente, porque le dolía mi pena, y se sentó a mi lado. Rápidamente me cambió la percepción: *míralo como una suerte, porque ahora tienes la oportunidad de tener más amigos, y si lloras, se te nublan los ojos y no te dejarán conocerlos. Los buenos amigos no se pierden, te siguen en el corazón a donde vayas*.

Sus palabras quedaron suspendidas en el aire. No las entendí del todo en ese momento, pero algo en ellas me calmó. Pensé en mis amigas del cuartel, en cómo nos conocíamos sin necesidad de hablar, en cómo reíamos hasta que el aire nos faltaba. Me costaba creer que pudiera encontrar algo así en otro sitio, pero mi padre hablaba como quien ha transitado más caminos de los que yo podía imaginar.

La despedida fue un poco dura, pero los hijos de nuestros guardias queremos parecernos a ellos y miramos al futuro con buena cara.

Llegamos al nuevo pueblo, se veía bonito y grande, y justo delante del cuartel una placita donde podía patinar.

Nos recibieron un par de guardias, y cuando fui tomando terreno les pregunté dónde estaban sus familias. Entonces me llevé el primer disgusto: no podían vivir allí porque la mitad del cuartel se había derrumbado, y sólo había quedado libre la que sería nuestra vivienda. Si quería jugar en lo que fue el patio, debería ponerme el casco que había para tal efecto. Si, esa misma cara se me puso a mí. Aún no sé si lo decían de broma o de verdad, pero lo cierto es que el casco estaba en lo que fue en su momento una ventana.

No lloré, pero pasé la noche pensando que no iba a tener ninguna familia con nosotros que suavizara el cambio. En fin, quedaba el colegio al día siguiente, y como no hay dos sin tres, me presenté en clase y no conseguí entender nada: no sé si porque tenían otro libro, o no tenían las mismas indicaciones de enseñanza, aparte de que en cada clase podía haber dos o tres cursos diferentes. Aquello era una torre de Babel docente y yo no hablaba ningún idioma. ¡Que desastre!

Sin amigos, sin familias en el cuartel, sola con mis patines, y un sereno por las noches que decía la hora y el tiempo. El porvenir no era muy halagüeño. Tenía que buscar salidas.

Lo más cercano, después de mi familia, eran dos guardias: el de puerta y el radio telegrafista, así que comencé a bajarles el café por las tardes, y alguna mañana (si no tenía colegio). Por ellos conocí a sus familias, aunque para jugar no tenía la inmediatez de tenerlos al lado. Algo alivió mi soledad, pero yo seguía pidiendo con todo fervor que nos destinaran a otro sitio con niños, porque al cuartel no podía llevar a nadie por el peligro del patio.

Se ve que pedí con todas mis fuerzas, y me pasé. Mi padre enfermó y lo llevaron al Hospital Militar; a mí, con mis abuelos y en el colegio del pueblo que me vio nacer. Mi madre mientras, viajando de Sevilla a mi pueblo y viceversa, para tenernos atendidos a todos. Estábamos desperdigados y de momento no eran horas de servicio de mi padre las que nos separaban. A pesar de que yo estaba bien, no era eso lo que había pedido.

Un día mi madre llegó al pueblo, tendría que ayudarle a ¡hacer la mudanza! No me lo podía creer, pero estábamos las dos solas y yo no llegaba a diez años. Los guardias civiles no temen a nada y yo tampoco. Enrollando los colchones (entonces eran de lana), llamaron a la puerta, eran nuestros guardias, que, como un gran equipo, venían a ayudarnos. Terminamos muy pronto y tomamos rumbo ¿a dónde? Ni había preguntado, pero llegamos a un pueblo minero, con muchas cuestas, lo que ya es punto positivo, y un cuartel, aunque viejo, pero con gente que le daba vida. Soltamos los muebles, los acomodamos un poco y lo preparamos para cuando iniciáramos la vida allí con mi padre, que estaba mejorando. Al salir, una niña con trenzas me preguntó si era nueva y si quería jugar con ella. No era del cuartel, y le conté que no podía quedarme, pero en cuanto volviera la buscaría, y así fue. Hoy la tengo entre mis amigas después de más de 50 años.

Recuperado por fin mi padre, se incorporó a nuestro nuevo pueblo. La vida fue colmando mis deseos: había familias y por lo tanto niños, estábamos unidos de tal forma, que los días de fiesta comíamos todos juntos, y de vez en cuando le llevábamos algo al guardia de puerta.

Era un pueblo tranquilo, con muy pocos coches, hasta el punto que las gallinas se paseaban por las calles, por lo que no había peligro para los niños. El peligro éramos nosotros, ¡cuántas veces caímos en la fuente del ayuntamiento, por jugar saltando entre sus columnas! Otra amiga nos dejaba su bicicleta y ahí aprendimos muchas. La cuesta del cuartel daba fuerza para no perder el equilibrio. Fueron días felices.

Después, otra mudanza a la gran ciudad, pero ya no había cuarteles, aunque mi padre siguió relacionado con nuestra gente en un par de destinos más.

Me costó acostumbrarme al ruido, a la falta de ese aire puro de vecindad que nos hacía sentir parte de algo. A veces recordaba los pueblos (todos en los que viví), las gallinas como dueñas del mundo, nuestras risas mojadas después de caer en la fuente, el guardia de puerta catador de mis primeros bizcochos…

He vivido en muchos cuarteles y pueblos, unos grandes, otros pequeños, pero en todos aprendí que la felicidad cabe en cualquier rincón, siempre que haya guardias civiles, familias, amigos y un cielo sin prisas.

¡AMARTE TE NECESITA!

¡ASOCIATE!, porque tú también puedes necesitar a AMARTE